

los acreedores se puede quejar de que no tiene muchas y muy enrevesadas. Es verdad que los tales acreedores son los peores cristianos que hay en el mundo, sin fe, sin esperanza ninguna, y moliendo sin cesar á aquellos pobres señores para que les paguen lo que se les debe. Vayan mucho noramala los grandísimos bribones, y sepan que ya se les pagará cuando se les pague. Pues ¡qué! ¿no hay más que venirse con su documento en el bolsillo, sin más recomendación ni más escuela de algún señor de palacio, á llevarse un puñado de pesos duros, como si aquello fuera la hacienda de algún negro? El Crédito Público es para lo que es, y bastante se aguanta con el retraso de las contribuciones, sin que nos vengan ahora á pedir cotufas en el golfo. Si prestaron á la Real Hacienda en algún apuro, ¿para qué fueron tontos? Si impulsieron vitalicios, ó tomaron acciones, ó compraron vales, ¿por qué no miraron lo que se hacían? Y, finalmente, si quieren ser pagados de alguna cosa, que rebajen las nueve décimas partes de sus créditos, y se dará cuenta á S. M. por el ministerio correspondiente, para ver si se digna aprobar esta cristiana transacción. Lo demás no viene al caso ni tiene piés ni cabeza, y es gana de perder el tiempo y de recibir sofiones sin qué ni para qué.

Basta de carta, y aún creo que de cartas, porque las paredes oyen, y no me fio mucho de los correos. Lo mejor será que usemos de alguna, cifra cuya clave sólo la sabrá vmd., yo y las verduleras. Abur, amigo. Siempre de vmd., — EL LAMENTADOR.

CARTA VII.

DE DON SERVANDO MAZCULLA AL POBRECITO HOLGAZAN,
en que se queja de su silencio.

Muy señor mio: ¡Válgame Dios, y cuán para poco es vmd., señor Lamentador, y cómo debe tener una alma mezquina y pusilánime! Desde que recibí su última carta, en que me manifiesta su recelo de los correos y aún de las paredes, conocí lo poco que se podía contar con vmd. para empresas atrevidas, y cuyo logro pende, aún más que del valor, de la constancia. Esperaba la clave de su secreta cifra con aquella impaciencia que me inspira el celo de partido, y los aceros con que me hallo para combatir á todos los atletas de la Constitución; pero en vez de recibir tal cifra, sólo me encuentro con diferentes cartas, de letras desconocidas, aunque algo imitadas, de igual volumen, poco más ó menos, á las de vmd., y por consiguiente del mismo porte, pero tan diferentes de lo que yo deseaba, que casi llegué á aburrirme y á despedir al cartero. Unas traían el sello de las justicias de los pueblos y parecían dictadas por el Alcalde; pero como estoy tan acostumbrado al estilo escribanil, que es el único que se usa en todos los ayuntamientos, conocí desde luego que aquella firma era fingida y el sello ni más ni menos. Otras venían con cierto aire militar y guerrero, entre amenazas y retos por un lado, y adulaciones y bajezas por otro. Parecióme su estilo,

para un militar muy bajo, para un plumista muy necio, y así fallé desde el punto que este militar no había hecho más que empezar la carrera, oler la pólvora, y retirarse para conservar el fuero. Pero tenga vmd. entendido que la firma no era suya, sino de un pobre inocente que le sirvió de mampara en la imprenta, al modo que en las batallas suelen algunos valientes guarecerse de un vallado ó bajarse á la bodega. Otros me venían consolando refiriéndome sus lástimas, que en efecto creo que son demasiado ciertas, y más bien me pareció un memorial impreso que no sátira ni calabaza.

Entre tanto, ni la cifra llegaba, ni parecía por la estafeta ninguna carta de vmd.; empecé á aburrirme y dije: Más que todas las paredes se conviertan en orejas, y más que abran y lean hasta las cartas de pascuas, voy á tomar la pluma y provocar los verdaderos lamentos de mi amigo el holgazán. La primera idea que naturalmente me ocurrió fué reprender á vmd. ágramente por haber insinuado ni siquiera el más mínimo recelo en una materia tan delicada como es la de los correos. ¿Ignora vmd. acaso que siendo éstos un depósito sagrado de la fe pública, sólo tienen derecho para usar de él las altas personas encargadas del altísimo empleo de la alta policía? ¿Que lo que en los particulares sería un crimen horrible y sobremanera bajo, pasa á ser una acción loable y sobre modo ingeniosa en los agentes del poder? ¿Que muchos de nuestros antiguos ministros confesaban francamente que era imposible desempeñar sus encargos si no contribuían á ello los empleados de correos? No es posible descansar un momento, decía un militar anciano, harto conocido por sus ideas liberales, y más aún por su peinado; no es posible servir al amo y tener á raya tanto pícaro, si no se interceptan todas ó las más de las cartas. ¿Qué al caso viene ese escrúpulo, decía él, con unas gentes que el que más y el que menos aspira á suplantarnos? ¿Cómo se ha de saber lo que dicen las cartas, si no se mandan abrir? Esta medida es muy sabia, muy expedita y no difícil de ejecutar: si las cartas dicen haches, y estos haches incomodan, se prende á los que dicen haches; si por disímulo en lugar de haches ponen erres, se prende á los de las erres, y en todo caso ha lugar el expediente sin necesidad de otra prueba. Es, pues, de toda necesidad que en cuanto nosotros nos salgamos con la nuestra, no se deje carta á vida, y que el que se ponga á escribir vea cómo escribe ó para qué ha nacido. Vamos á otra cosa.

Como vmd. es un alma de cántaro, que por todo se apura, apenas me atrevo á insinuarle los progresos que va haciendo en este pueblo esa endiablada Constitución. No hay cosa ni cosita para la cual no hallen en ella un motivo de dar en rostro á los hombres de juicio y á las costumbres más rancias y autorizadas. Vmd. sabe cuantos bienes ha producido, y cuantos males ha evitado y evita al público esto que nosotros llamábamos *aranceles*; dieron hace algún tiempo en la manía de que no venían al caso, y nuestro ilustrado gobierno se dejó mala-

mente seducir por cuatro charlatanes, que hicieron ver á su modo unos imaginarios perjuicios de que se pusiese tasa á todo cuanto se presentaba al público. Empezaron á plantear en Madrid ese *libertinaje de comercio*, y desde entonces ya se está viendo la escasez de pan, de vaca y de todos los demás artículos de mesa; en otros varios pueblos fueron haciendo lo mismo sin más que por el capricho de seguir la moda, y los efectos han sido necesariamente los mismos. Pero yo, que conozco á fondo esta materia y que sé dónde me aprieta el zapato, hice de manera que, ni el alcalde mayor ni ninguno del ayuntamiento se prestase á tamaño desatino. Llegó un frutero á la plaza y encuentra un antojadizo que le quiere comprar las uvas ó las peras de su huerta; ¿por qué razón se ha de atrever á venderlas sin el permiso y la tasa de algún señor regidor? ¿no sabe este caballero, poco ó ménos, el costo que habrá tenido semejante mercancía? ¿dónde mejor que en el ayuntamiento se saben los gastos de la labor, las pérdidas del ganado, las secas ó inundaciones de los campos, las piedras y los nublados, y finalmente todo cuanto puede contribuir al mayor ó menor precio de cada cosa? El pan, la carne y el vino, el salmón y las lentejas, los huevos y las lechugas, todo debe estar sujeto al precio que se le asigne por boca de un regidor, y so pena de una multa, que debe cobrar el alguacil.

No, sino que vendan todos á como les dé la gana y á como puedan, y verá vmd. esta plaza atestada de banastas y de serones, que no dejarán ni siquiera hueco para echar cuatro paseos. Llegarán los regidores ó sus criados, y les harán pagar la fruta y el pescado fresco ni más ni ménos que á los demás, sin mostrarles el más ligero agradecimiento; nos aturdirán á gritos los muchos holgazanzos que se dedicarán á este tráfico, y creerán que hay abundancia sólo porque todo el mundo puede comer de todo sin distinción. Estaba yo enamorado de ver un papel impreso que se había conservado á la puerta del meson, apegado con engrudo y con su firma manuscrita de letras bien gordas, cuando un trastuelo de un estudiante vino por detrás de mí y tuvo la desvergüenza de arrancarlo. No sé hasta dónde me hubiera conducido mi justo furor si en el instante no se hubiese presentado el mesonero, que es hombre que me tiene obligaciones, asegurándome que conservaba otra copia, y que se arreglaría á ella con la misma religiosidad con que lo había hecho al original. En él se hallaba tasado el precio de la paja y de la cebada, la cama, el ruido, el pesebre y demás gastos precisos en un viajero. De aquí resulta que jamás le llevan á uno en tales casas ni un maravedí más de lo que dicta la conciencia del posadero ó del escribano, que es quien formó el arancel. Por lo que hace á la escasez del surtido, mienten como unos bellacos los que dicen que se advierte mientras subsiste la tasa, porque á fe que para eso se toma la precaución de tener un obligado, que regularmente se esmera en llevar siempre lo mejor, como que es gente timorata y concienzuda, que tie-

ne que perder, y no es regular que vayan á buscar lo que les cuesta más barato sólo por ganar dinero, con riesgo de irse al infierno.

No sólo debe ser así en materia de comestibles, sino en todo cuanto ocurra y suceda en el curso ordinario de la vida: el médico bueno ó malo, el letrado, el albañil, el pintor ó el carruajero, el procurador como el mozo de escuela, todos deben estar sujetos á un arancel que prefije el justo valor de su ciencia ó de su trabajo. El autor de cualquiera obra literaria debe poner al principio, junto á la dedicatoria, una tasa del juez de imprentas, que es quien verdaderamente sabe el precio de sus desvelos, y por ella constará el número de maravedises á que se debe pagar cada pliego, y no que en el día vemos que por un libro de matemáticas ó de filosofía se ponen á pedir esos libreros tanto como por un *gazofilatium teologicum* ó por una suma de teología moral, que es el último esfuerzo del entendimiento humano.

Ya que hablamos de teología moral, no puedo ménos de recomendar á vmd. que vea de adquirirme cuantas obras de esta clase pueda haber á las manos, porque no hay lectura alguna que tanto gusto me cause, ni de que se pueda sacar mayor fruto. No se contente vmd. con remitirme los tratados más comunes y ordinarios, sino todos cuantos pueda, sean modernos ó antiguos, tomistas ó jesuitas, lapsos y estrechos, nacionales y extranjeros. ¿Quién habrá que no se pame de aquel orden admirable y de aquella consecuencia de principios de unos autores con otros? ¿Quién no aplaudirá con toda su alma aquella fecunda variedad con que deciden los casos particulares que ellos mismos se proponen? Cualquier suma de moral es un tesoro inapreciable para un aficionado, y así muchas sumas juntas serán otros tantos tesoros preciosísimos, de donde se puede sacar, no sólo lo que se quiere, sino hasta lo que no se quiere. ¡Qué agradable sensación debe causar la lectura de los tratados de matrimonio, y la de los preceptos del decálogo, desmenuzados cada uno de por sí con la mayor prolijidad y detención! ¡Qué descuido tan notable en los editores de no haberlas publicado con láminas! ¡Qué pureza de imaginación y de lenguaje se nota en aquellos cuadros capaces de edificar al hombre más desalmado! No nos cansemos, amigo: una obra de teología moral supone mucha práctica ó mucha travesura de ingenio, porque si sólo las escribieran de oídas, no podían ménos de cambiar los frenos alguna vez. Allí puede aprender una esposa muchos medios infalibles para agradar á su esposo; la doncella recatada puede disputárselas en saber con una viuda tercerona, y el ermitaño más austero puede reunir una colección de cuentos más chistosos que una floresta española. El soltero y la casada, la viuda y el religioso, la monja y el desposado, todos ven allí pintadas sus travesuras y sus descuidos, sin omitir un ápice de su mayor ó menor gravedad específica.

Pues, en materia de ayunos, ¿qué variedad tan

bella! ¡qué dictámenes tan acomodados á toda clase de estómagos! ¡qué interpretaciones tan naturales, tan sencillas, tan pintiparadas para cada caso de por sí! Ninguna confusion, ninguna duda puede ofrecerse al que busque subterfugios para tomar chocolate; la colacion no debe suspenderse por media libra más ó ménos, y la conciencia más tímida y pusilánime se tranquiliza y ensancha con la probabilidad que ofrece un moralista de nota. Viva este libro divino y esta doctrina admirable, con la cual no tengo miedo á nadie que quiera llevarme por la estrecha senda del Evangelio, porque en teniendo yo cuatro moralistas á mi devocion, sabré convertir la senda en un camino real más ancho que el Campo grande de Valladolid.

Pero, hablando de otra cosa, ¿cómo estamos de pesetas? No pregunto por las de vmd., porque supongo que maldita la que tiene en el bolsillo, sino por las de la tesorería ó tesorerías que ahora llaman nacionales. Por acá, bendito Dios, hace tiempo que no entra un maravedí, porque como, segun dicen, mientras hay Constitucion no se paga, todo el mundo se ha llamado andana, y están los sueldistas que beben los vientos. Ni hay que decir que eran muchos, porque, si vmd. ha reparado, ni la Guía de Forasteros ni la de la Real Hacienda son cosa que merezca mayormente la atencion. Cuando más, más, tocáremos, entre todos los españoles, á dos empleados por cada tres individuos, y esto ya ve vmd. que es una grandísima friolera, porque al fin y á la postre se queda entre las familias, y hacen más en una casa quinientos ducados de sueldo que un pehujal mal gobernado. Eso de acudir uno al fin cada mes con su libramientito á cobrar su mesada sin miedo de los pájaros ni de las pedreas, vale un Perú, y engorda más á un pueblo que cuantas fábricas y labranzas se pueden poner en uso. ¿De qué diablos nos sirven todos esos capas pardas, que cada uno es más bruto que el otro, y que no hacen más que despertarle á uno, cuando está á lo mejor de su sueño, con el incómodo ruido de sus arados y carretas? Yo no sé por qué no se les hábia de prohibir que alborotasen tan de madrugada, sino que acudiesen á la haza de nueve á doce, como se acostumbra en las más de las oficinas. Vmd. no sea bobo, ya que, por su desgracia y la de la patria, ha perdido tan buenas ocasiones: vea el modo de ingerirse en alguna oficina nueva ó vieja, porque una vez metido el cuevo, mal ha de andar el ajo para que vmd. no conserve su paguita *usque in æternum*.

Una de las cosas por que yo tengo tanta envidia á los oficinistas es porque aunque todo se lo lleve la trampa, y aunque se creen los empleos ayer y se descreen mañana, ellos siempre se quedan á cubierto y el sueldo corre aunque el trabajo pare. ¿Qué culpa tienen ellos de que la nacion española necesite más oficinas que toda la Europa entera? Pues no faltaba más sino que despues de haberle á uno dado su título y exigidole ademas el juramento de fidelidad acostumbrado, se quedára á buenas noches por la miseria de no recargar un poquito más el era-

rio público. Los trabajos de cabeza se han de pagar con predileccion, y es claro que donde haya más pagos predilectos será porque haya más cabezas trabajadoras. La única cosa que no me ha disgustado del todo desde que empezaron estas novedades, es ver que á lo ménos en eso no han hecho ninguna, gracias á Dios, sino que más bien al contrario van aumentando empleos por un lado y jubilaciones por otro. A bien que la jubilacion es floja, porque, á lo que yo entiendo, la mayor parte de los que se quedan con la obligacion de no hacer nada pertenecen á la clase de jefes y les corresponde el *maximum*. Bien veo que no hay remedio y es preciso hacerlo así, como que no tiene duda, el que fué hombre de bien antaño no puede serlo ogaño, y se debe desconfiar de todos indistintamente, haya ó no haya motivo. El asunto es calzarse uno el empleo, y el tesorero y ministro de Hacienda que discurren, que para esto están, á bien que la nacion tiene recursos, y conforme hemos pasado hasta ahora se pasará en lo sucesivo, y viva la Pepa.

Mi cuñado don Cornelio, que sabe lo campechano que es vmd., me encarga que le pregunte á cuántos estamos de proporcion para entablar una solicitud que le interesa mucho; y como él siempre ha tenido el genio corto, enteramente opuesto al de su mujer, quisiera saber si era tiempo de enviarla á que maneje el asunto por sí misma. Si él pudiera separarse de su casa, bien puede que se animase á acompañarla á la córte, ó se iría él solo á seguir el negocio, que era lo regular; pero precisamente le ha tocado este año ser prioste de la hermandad de Luz y Vela, y ademas es mayordomo de la Escuela de Cristo, con lo que no tiene tiempo ni aun para rascarse la cabeza. Necesita, pues, que vaya su mujer, la cual estoy para mí que hará más en una noche que él en toda una semana, porque es viva como una centella, y tiene un genio tan amable, que ningun alma viviente sale descontento de su lado. Fuera de que, ella conoce á todo el mundo, porque cuando estuvo la otra vez á sacarle la administracion á su marido, no habia gato ni perro en las secretarías á quien ella no conociera y con quien no se chanceára. Desde el dia que llegó, dijo que la daba vergüenza concurrir á las audiencias públicas, y que se ponía colorada sin poderlo remediar, con lo que siempre la oian en audiencia secreta. Entónces ya los porteros, que es gente que sabe más callando que otros hablando, y que huelen el almizcle á media legua, lo mismo era verla llegar á prima noche, que la saludaban risueños y hasta se ponian en pié, que es más. Entraba la señora, por supuesto, y los pobretes que estaban esperando en la antesala desde las cuatro de la tarde continuaban esperando si querian, y si no, tomaban el pendingue para su casa con su memorial en el bolsillo, porque su excelencia tenía mucho que trabajar.

A fe mia que no tardó una semana en echar abajo al otro administrador, que era un viejo petate, y de un bolazo le plantó á su don Cornelio al frente de esta aduana, mal que le pesase al contador y al

tesorero y á cuantos aspirantes habia para tal destino. Todos nos quedamos viendo visiones cuando supimos el nombramiento, porque, como conociamos la poca capacidad de tal hombre, vimos más claro que el agua que á quien se habia dado el empleo era á la mujer. Ahora lo que ella pretende es una pension sobre el fondo de correos ó sobre la lotería, porque dice que se paga mejor allí que en otra parte, y creo que no la falta razon. Eso de las pensiones me parece á mí que debe de ser cosa buena, segun oigo á todo el mundo, y bien sabe Dios que, como esto cambie, he de hacer todo lo posible por lograr una ó dos, aunque sea sobre caminos ó sobre lo que les dé la gana, porque el asunto es tener pension. Bien me parece esa justa diferencia que hay entre fondos y fondos, porque aunque todo salga de las mismas costillas y esté destinado al mismo objeto, que es el de llenar las obligaciones del Estado, con todo, siempre es bueno que haya su poquito de diferencia entre unas y otras obligaciones. ¿Será lo mismo un empleado en tabacos que un militar retirado? ¿Podrá compararse el mérito de un administrador de loterías con el de un oidor cualquiera? Nada ménos que eso: cada ramo debe tener su fondo aparte, y si puede ser, totalmente independiente de la tesorería general, lo primero porque así se forma una idea clara de todas las rentas de la nacion, y lo segundo porque así lo enseña el refran italiano, *per troppo variare natura è bella*.

Entre los muchos papeles que recibimos de esa córte, vienen algunos que nos hacen reír las tripas, y otros que sólo deben causar llanto ó fastidio. Entre los primeros hay uno fresquito, que le pudiera servir á vmd. de mucho para la proyectada obra del *Arte de cocina*, y es la *lista de la comida que se sirvió el juéves 11 de Mayo* á costa de los ilustres artilleros. Nosotros, como estamos ahora tan ociosos, devoramos todo papel y tildamos sin piedad aquello que no nos acomoda. Empezamos á leer la tal lista, y lo primero que nos hizo gracia fueron los noventa y seis platos de *ordubres*; ¿y que son ordubres, dijo al instante el cura, que es hombre que se muere por hablar de cosas de comer? Nadie le supimos dar razon, por más que nos echamos á discurrir, y seguimos con la lista de las sopas, que empezaba por la de la *jardinera de lechugas y guisantes*, la de *crecy con costrones*, á la *tortuga*. Hombre, mire vmd. lo que se dice; que ésa no será sopa, sino alguna soperá que habrán hecho de la concha. No, señor, no hay tal soperá, sino sopa y muy sopa, le dije yo, y verá vmd. cómo hallamos otras cosas que nos gustan mucho más, y nos chupamos los dedos sólo con oirlas: sigamos con los *relevés*. Ahí debe haber cosas buenas, dijeron todos; prosiga vmd., señor don Servando. Lo primero que les presenté fué una cabeza de ternera á la *imperial*, luégo un *beef-steak al vino de Madera*, luégo un pavo á la *regencia*. ¡Guapo pavo, señor cura, dijo el alcalde mayor; con esas regencias me entieren! Pues ¡qué! ¿no le gustaría á vmd. el pastel á la *perigucus* ni el salmon *al natural*? Y mucho que me gustan á mí las cosas na-

turales, respondió el cura, algo más que las fingidas y contrahechas; pero veamos esas *entradas*, aunque, á decir verdad, casi se me ha pasado la gana sólo con oír unos términos tan raros y unas frases tan ininteligibles. Ochenta y cuatro, nada ménos, puedo presentar á vmd., y vive Dios que le ofrezco ochenta y cuatro misas de á peseta como adivine lo que significa una siquiera. Corra vmd. la vista por esas pollas á la *rabigota*, al *aspic*, al *gratin*, á la *financiere*, á la *mameluca*, á la *tártara*, y dese un hartazgo de *globos*, de *filetes* y de *inglesas*, que le han de poner una panza como un tambor. Eso de inglesas no es conmigo, me replicó, porque ni me lo lleva el estómago, ni convienen á mi estado semejantes regodeos. Pues vuelta con los *ordubres calientes*, que puede que alguna *bechamela* ó algun *chappignon* con costra le agraden á la *chevaliere*, y más si se la dan *decorada* á la *nougat* ó al *ermitage*. Ni aunque vmd. me la decorára con cuantos términos extravagantes hay en todas las lenguas del mundo, era yo capaz de probar una pepitoria de idiomas como la que vmd. ha hecho en esas pocas líneas. Déme vmd. ese papel, que quiero guardarle para eterno monumento de nuestra riqueza guisanística, y luégo que lo traduzca y comente, le remitiré á la Academia Española para que en la primera edicion de su Diccionario lo incorpore *mot á mot*.

Dísele sin repugnancia, y con la misma dejo la pluma, recordando á vmd. que escriba largo y tendido, sin miedo de avechuchos, y que cuente para todo con su amigote, — SERVANDO.

CARTA VIII.

DE LOS LAMENTOS POLÍTICOS DEL POBRECITO HOLGAZAN, Á DON SERVANDO MAZCULLA.

¡Qué bien se torea desde la barrera, señor don Servando, y qué fácil es dar consejos al enfermo cuando uno está sano! Como no es sobre las costillas de vmd. donde descargan los palos, sino sobre las del nieto de mi abuela, por eso no halla reparo en que dispare cartas y más cartas para divertir á los ociosos de su tertulia, aunque se incomoden y fastidien los de las demas. En una palabra, vmd. quiere que yo me eche con la carga y haga oídos de mercader, sin considerar que tanto puede ir el cantarillo adonde vmd. sabe, que al fin y al cabo se haga añicos. Cada uno, amigo mio, tiene su alma en su cuerpo, y cuando hay muchos contra uno, vuélvome grullo; dígolo porque, así como á vmd. le han enviado copias de las cartas que me dice, á mí tambien me han llegado despues otras dos, originales, que pueden arder en un candil; de suerte que los dias de correo estoy todito azorado y sin atreverme á tomar el chocolate hasta saber si hay carta ó no hay carta, por miedo de que se me indigeste. Y no es esto lo peor, sino que de cuando en cuando intentan hacerme creer que se me han de aparecer de noche las sombras de los Padillas y las de otros varios héroes no ménos ilustres, y me han de mandar